

ORAR EN EL MUNDO OBRERO

19º domingo del Tiempo Ordinario (9 agosto 2020)

(Comisión Permanente de la HOAC)

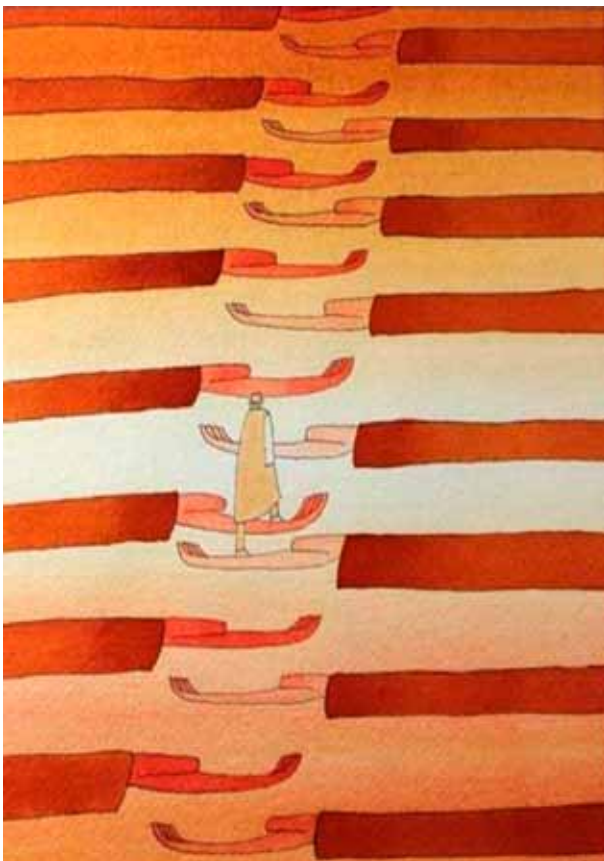
Nos disponemos a la oración leyendo y dejando que resuenen estos textos.

Creían en aquel Hombre, y eso era un principio de fe («poca fe» les dice Jesús en la tempestad apaciguada), y poca esperanza que no iba más allá de un mesianismo que había de implantar el imperio de Israel. Y por encima de todo, le amaban. Eran, en suma, una fe, una esperanza y una caridad elementales, pero necesarias para llegar a la Fe, la Esperanza y la Caridad teológicas (Rovirosa, OC, T.I. 462).

El Señor nos interpela y, en medio de nuestra tormenta, nos invita a despertar y a activar esa solidaridad y esperanza capaz de dar solidez, contención y sentido a estas horas donde todo parece naufragar. El Señor se despierta para despertar y avivar nuestra fe pascual. Tenemos un ancla: en su Cruz hemos sido salvados. Tenemos un timón: en su Cruz hemos sido rescatados. Tenemos una esperanza: en su Cruz hemos sido sanados y abrazados para que nadie ni nada nos separe de su amor redentor (Francisco, Momento extraordinario de oración, 27 marzo 2020).

Desde los textos, me sitúo en la vida

Vivimos tiempos de crisis e incertidumbre, tiempos de miedos agazapados, tiempos de preguntas sin respuestas... Un antiguo mundo va desapareciendo ante nuestros ojos, y algo nuevo –no sabemos bien qué– parece ir naciendo. En esas incertidumbres naufragamos en muchas ocasiones. En esas circunstancias volvemos a escuchar la voz de Jesús: ¿Por qué has dudado?



Fragilidad (fragmento)

*Juntos crecen el trigo y la cizaña,
Señor, tenemos miedo;
nuestra fortaleza es de barro;
somos capaces también
de cometer un disparate.
Nuestros pies ya van por caminos torcidos...*

*Danos la mano, Señor, y no nos sueltes jamás,
aunque te lo exijamos a gritos.
Tenemos miedo
porque nos fiamos de nosotros mismos.
Hemos edificado la casa sobre arena,
sobre nuestras posibilidades.*

*Haznos caer en la cuenta
de que sin Ti no podemos nada.
Pero no nos lo enseñes a costa del pecado.*

*Compadécete de nosotros como una madre,
aunque no te pidamos nada.
No sabemos hablarte,
pero nuestra indigencia da voces por sí sola.*

*Haz, Señor, que todo en nosotros sea oración;
esta búsqueda, sin fin,
de la felicidad y del amor
es una manera de buscarte a Ti.*

*Ya que somos frágiles
que cada pulsación sea una súplica
de quien está en peligro,
un aspaviento de quien se ahoga.*

(Luis Espinal)

**Te
ofrecemos
todo
el
día**

Hoy me dice LA PALABRA...



Mateo 14, 22-33.-

Enseguida Jesús apremió a sus discípulos a que subieran a la barca y se le adelantaran a la otra orilla, mientras él despedía a la gente. Y después de despedir a la gente subió al monte a solas para orar. Llegada la noche estaba allí solo. Mientras tanto la barca iba ya muy lejos de tierra, sacudida por las olas, porque el viento era contrario. A la cuarta vela de la noche se les acercó Jesús andando sobre el mar. Los discípulos, viéndole andar sobre el agua, se asustaron y gritaron de miedo, diciendo que era un fantasma. Jesús les dijo enseguida: «¡Ánimo, soy yo, no tengáis miedo!».

Pedro le contestó: «Señor, si eres tú, mándame ir a ti sobre el agua». Él le dijo: «Ven». Pedro bajó de la barca y echó a andar sobre el agua acercándose a Jesús; pero, al sentir la fuerza del viento, le entró miedo, empezó a hundirse y gritó: «Señor, sálvame». Enseguida Jesús extendió la mano, lo agarró y le dijo: «¡Hombre de poca fe! ¿Por qué has dudado?». En cuanto subieron a la barca amainó el viento. Los de la barca se postraron ante él diciendo: «Realmente eres Hijo de Dios».

Palabra del Señor

Acojo la Palabra en mi vida

La pregunta que Jesús me hace no puede quedar sin respuesta. «¿Por qué has dudado?». Pero no es fácil respondernos con sinceridad. Quizá es que realmente hay más distancia de la que pensamos entre el creyente que somos y el que decimos ser. Quizá tenemos que admitir que nuestra fe es a veces muy frágil y vacilante. Quizá es que seguimos anclados en nuestras maneras de imaginar a Dios en lugar de abrirnos a la acogida de quien Dios es realmente, sin pretender manipularle desde nuestros intereses.

Nuestras dudas y vacilaciones, nuestra fragilidad es algo que tenemos que asumir sin desesperarnos. Son componente de nuestro camino de fe, que se realiza casi siempre en la inseguridad, la oscuridad y el riesgo. A Dios lo buscamos a tientas. Por eso lo importante es reconocer y acoger esa fragilidad, y como Pedro, estar dispuestos a gritar: ¡Señor, sálvame! Estar dispuestos en nuestra indigencia a realizar ese gesto de entrega confiada de quien se sabe necesitado. Si la es un caminar sobre las aguas con riesgo de hundirnos, es también un camino en que podemos encontrar la mano que nos salva de ahogarnos.

Gritar, como Pedro, al Señor ¡Sálvame! no hace desaparecer los miedos y angustias, las dudas y las incertidumbres, pero todo cambia si desde lo hondo de nuestra existencia las afrontamos con confianza en Dios. Por encima de toda fatalidad está la fidelidad y la misericordia de Dios que experimentamos de continuo en nuestra vida.

Es precisamente cuando parece que nuestra existencia pierde seguridad y nuestros pilares se tambalean cuando la confianza puede hacerse vital, cuando puede ser experiencia de sostén de nuestra vida, cuando puede hacerse reconocimiento de Dios en nuestra existencia: «Realmente eres Hijo de Dios». Porque la firmeza de nuestra fe no se asienta en la seguridad de unas fórmulas dogmáticas, o en la propia seguridad de nuestras convicciones, o en nuestra alta autoestima, sino en vivir nuestra existencia fiados en Dios.

Por eso podemos acercarnos a Jesús con todos nuestros miedos e inseguridades, incluidos los que nos cuesta aceptar, y ponerlos ante él, junto con los de tantos hombres y mujeres que viven angustiados, temerosos, bloqueados por tantos miedos como este sistema genera, abrumados por tanto mal y tanta injusticia.

Desde esos mismos miedos e inseguridades podemos sentir que el Resucitado camina a nuestro lado, aunque no siempre le sepamos reconocer en ese camino inestable, sobre las aguas, de los retos, dificultades y penas de cada día.

Por eso estamos dispuestos a ofrecerlos con confianza para que acogidos por Dios, él los transforme. Así decimos en la Oración a Jesús Obrero: te ofrecemos todo el día, nuestros trabajos, nuestras luchas, nuestras alegrías y nuestras penas... para que nos concedas pensar como Tú, trabajar contigo y vivir en Ti, con la confianza del amor.

En mis miedos e inseguridades, en mis oscuridades e incertidumbres está la posibilidad de la confianza y la fe. ¿Cuáles son mis miedos? ¿Cómo los pongo ante el Señor? ¿Qué grito llena mi oración? ¿Cómo experimento la salvación de Dios en mi vida? ¿Cómo ir haciendo de mi proyecto de vida una experiencia confiada del amor que me sostiene?

Vuelvo a poner mi vida confiada en las manos de Jesús

Coloquio de confianza

Jesús, amigo, compañero de camino, Hijo del Padre.

¡Deseo tanto encontrarme contigo!

*¡Sueño tanto que la Fuerza de tu Amor cambie mi vida
y la vida del mundo!*

Que ME FÍO.

*Me fío y me aventuro a acoger
con determinación el encargo,
desafiante encargo,
de SER TU TESTIGO.*

*Y de anunciar,
en los contextos secularizados y de pluralidad
de creencias en los que me muevo,
que tu Vida me sostiene.
Que es tu Vida lo que me hacer creer,
soñar y esperar.*

*Ven conmigo, Jesús amigo,
compañero del alma, Hijo del Padre.*

(María Rita Martín)

Termino ofreciendo toda mi vida a Jesús



*Señor, Jesús,
Te ofrecemos todo el día, nuestros
trabajos,
nuestras luchas,
nuestras alegrías,
y nuestras penas.*

*María, Madre de los pobres, ruega
por nosotros.*